



Ética y estética revolucionarias en *La victoria*, de Federica Montseny

Revolutionary Ethics and Aesthetics in La victoria, by Federica Montseny

Carolina Fernández Cordero

Universidad Autónoma de Madrid (España) /
carolina.fernandez@uam.es

ORCID: 0000-0002-1017-3146b

Date of reception:

15/06/2022

Date of acceptance:

28/06/2022

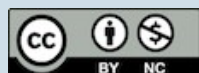
Citation: Fernández Cordero, Carolina. “Ética y estética revolucionarias en *La Victoria* de Federica Montseny”. *Revista Letral*, n.º 29, 2022, pp. 188-208. ISSN 1989-3302.

DOI:

<http://dx.doi.org/10.30827/RL.voi27.25151>

Funding data: The publication of this article has not received any public or private finance.

License: This content is under a Creative Commons Attribution-NonCommercial, 3.0 Unported license.



RESUMEN

El presente artículo indaga en *La victoria*, la primera novela larga de la anarquista Federica Montseny, publicada en 1925 (Ediciones de *La Revista Blanca*). Desde una perspectiva interseccional, que combina el género y la clase, se abordará la coyuntura histórica que determina la novela, para profundizar en la idea de que esta forma parte de una cultura y una historia literaria alternativas no solo al canon patriarcal hegemónico, sino también burgués. Para ello se analizan tres aspectos fundamentales que la configuran alejada de los modos habituales de la narración realista decimonónica aún predominante en los años 20: el uso del diálogo y de la reflexión filosófica como forma contraria a la narración lineal, el enfrentamiento contra el prototipo de la *garçonne* y el feminismo, y el amor libre como una alternativa al matrimonio y a la familia nuclear burguesa.

Palabras clave: literatura obrera; anarquismo; emancipación; mujer nueva.

ABSTRACT

This article investigates *La victoria*, the first full-length novel by the anarchist Federica Montseny, published in 1925 (Ediciones de *La Revista Blanca*). From an intersectional perspective, which combines gender and class, it will address the historical conjuncture determining the novel, to demonstrate how this novel is part of a literary culture and an alternative literary history not only to the hegemonic patriarchal canon, but also bourgeois. To this end, three fundamental aspects are analyzed that make it a novel far removed from the usual forms of 19th realist narrative still predominant in the 1920s: the use of dialogue and philosophical reflection as a form contrary to linear narration, the confrontation against the prototype of the *garçonne* and feminism, and free love as an alternative to marriage and the bourgeois nuclear family.

Keywords: working-class literature; anarchism; emancipation; New Woman.

La victoria, publicada en 1925 en el seno del proyecto familiar de *La Revista Blanca*, fue la primera novela larga de Federica Montseny. La escritora ácrata, interpelada por la tensa situación social que vivía el obrerismo barcelonés de la época (Montseny, *Mis primeros...* 33), se había iniciado en la literatura con la publicación de la novela corta *Horas trágicas* en 1920 (col. La Novela Roja). Unos años después se asentó en la prensa colaborando con distintos órganos libertarios (*Nueva Senda*, *Redención*, *Solidaridad Obrera...*) y formando parte de la dirección del citado quincenario sociológico *La Revista Blanca*, que pronto se convertiría en un amplio proyecto editorial¹. A esta última se encuentra ligada gran parte de su escritura previa al exilio, puesto que en ella publicó casi toda su producción ensayística, propagandística y literaria de la época, contribuyendo con artículos, novelas cortas y novelas, que discutían con una profunda conciencia política tanto los conflictos de mayor actualidad como los postulados clásicos del anarquismo. El examen del conjunto documental muestra una fuerte imbricación entre la obra periodística y la literaria resuelta en una evidente relación dialéctica. Sus novelas abordan desde la ficción parte de los postulados que desarrolla de forma ensayística en sus artículos de prensa. A través de ambos espacios participará de dos de los debates principales del anarquismo (y más allá) de la década de 1920: la emancipación de las mujeres, problema “máximo de los tiempos presentes” (Montseny, “Feminismo y Humanismo” 12), y el amor libre. En este sentido, *La victoria* forma parte de un compendio de textos sobre el tema publicados entre 1923 y 1928 que incluye artículos, las 43 novelas cortas de La Novela Ideal y las 8 de La Novela Libre, así como sus

¹ *La Revista Blanca. Publicación de Sociología, Ciencia y Arte*, homónima de *La Revue blanche* francesa, contó con dos etapas: una primera, entre 1898 y 1905, y una segunda, que se inició poco antes del golpe de Estado de Primo de Rivera y se mantuvo hasta 1936. Fue dirigida por la familia Montseny-Mañé (Juan Montseny —Federico Urales—, Teresa Mañé —Soledad Gustavo— y Federica Montseny, que, en 1935 asume la dirección) y se estableció como órgano divulgativo del pensamiento libertario. Continuadora de la visión enciclopedista de la Ilustración, abrazaba la cosmovisión libertaria pedagógica en la que el conocimiento y el debate se entendían como pilares fundamentales para la educación obrera. En este sentido, albergó artículos de muy diversa índole centrándose, sobre todo hasta la proclamación de la Segunda República, en el debate filosófico, social y cultural, y en difundir su propia producción literaria. Así, poco después de iniciar su segunda etapa, la revista se convirtió en un amplio proyecto editorial con tres colecciones: una miscelánea denominada Biblioteca de *La Revista Blanca* y dos de novela corta que alcanzaron rotundo éxito: *La Novela Ideal* (1925-1938) y *La Novela Libre* (1933-1937). Para más información sobre *La Revista Blanca* y estas colecciones, véanse Siguan Boehmer, Scardovi, Pradas Baena y Fernández Cordero “La voz de las obreras”.

otras dos narraciones largas, *El hijo de Clara* (continuación de *La victoria*, 1927) y *La indomable* (1928)².

La victoria, recogiendo los postulados de “La tragedia de la emancipación femenina” de Emma Goldman, trata sobre “el problema de ser una misma y a la vez hallarse unida a otro; cómo sentirse en profunda comunión con todos los seres humanos y conservar intactas sus cualidades características” (Montseny, “La tragedia de la emancipación...” 19)³. A partir de esta idea investiga sobre las estructuras opresoras que sostienen la relación desigual entre hombres y mujeres, mostrando la dificultad que supone para estas vivir en sociedad sin renunciar a la propia individualidad. Y ello lo hace recreando tanto la conflictividad social anarquista de la época como la discusión sobre los nuevos modelos de mujer en los que se proyecta el espectro de la emancipación y el progreso para la humanidad.

En un juego de diálogos confrontativos, Clara Delval, arquetipo social de mujer culta, independiente y luchadora, debatirá con los distintos hombres por los que se siente atraída sobre cómo llevar a la práctica su idea de amor libre y pleno. A través de estas conversaciones se cuestionarán los mandatos, estereotipos y roles sociales de género impuestos y apoyados por los discursos tradicionales y biologicistas del momento. La potencia expresiva del texto convertirá a esta novela en materia discursiva contra la moral católica, la modernidad burguesa y la dominación masculina, con especial atención a la del ámbito libertario.

Tomando como base estas ideas, el presente artículo indaga en *La victoria* desde una perspectiva interseccional, que combina el género y la clase. Se abordará la coyuntura histórica que la determina, para profundizar en la idea de que la novela forma parte de una cultura y una historia literaria alternativas no solo al canon patriarcal hegemónico, sino también burgués. Desde un punto de vista material, fue una publicación gestada, producida y difundida por, para y en el circuito del libro obrero, aunque pronto llegó a otro tipo de lectores y lectoras, otorgándole a la joven Montseny un nuevo lugar en el campo cultural español del momento⁴. En cuanto al ámbito discursivo, basta una

² Desde un punto de vista cuantitativo, se registran una media de 7 a 9 artículos anuales sobre el tema entre 1924 y 1928. A partir de esa fecha, disminuyen hasta convertirse en esporádicos pasado el año 1931, debido a que la autora se centra en el debate anarcosindicalista con el Comité Nacional de la CNT (Tavera 76).

³ La cita pertenece al comentario sobre el texto de Emma Goldman que Federica Montseny publicó en el artículo de título homónimo los meses previos al lanzamiento de *La victoria* (*La Revista Blanca*, 15 dic. 1924, pp. 18-21).

⁴ Ballesteros de Martos le dedicó una crítica en *El Sol*, lo que presumiblemente le abrió a Montseny un nuevo horizonte más allá del circuito cultural ácrata.

primera lectura para darnos cuenta de que el ambiente, los espacios (el Ateneo) y los conflictos (la detención de Roberto) que circundan la narración se ubican en la clase obrera, a pesar de que su protagonista sea una profesora de clase media⁵. Más allá de estas evidencias, existe un trabajo con la forma estética y la ideología que enfrenta el realismo crítico heredado del siglo XIX y que otras novelas de corte social (pensemos en *La trampa del arenal*, de Margarita Nelken o en la posterior *Natacha*, Luisa Carnés) similares habían seguido. A continuación, nos detendremos en tres aspectos fundamentales que lo prueban: el uso del diálogo y de la reflexión filosófica como forma contraria a la narración realista lineal habitual, el enfrentamiento contra el prototipo de la *garçonne* y el feminismo, y el amor libre como una alternativa al matrimonio y a la familia nuclear burguesa.

La revolución en las formas: el uso del diálogo

Desde finales del siglo pasado y comienzos del presente, *La victoria* ha sido leída como novela rosa revolucionaria (Bussy-Genevois), folletín revolucionario (Greene)⁶, *Bildungsroman* (De Vicente LII) y como novela de tesis con estructura de confrontación, cercana al “ensayo dialogado” al estilo de Azorín, Baroja o Unamuno (Cruz-Cámara 63, 65-66). De acuerdo con esta última especialista, las largas explicaciones y argumentaciones de los personajes (sobre todo las de Clara) en la confrontación de sus ideas se convierten en reflexiones político-filosóficas que bien podrían haber sido dictadas en un mitin o en una asamblea como breves discursos políticos. No por casualidad la autora confesó en el prólogo a la segunda edición (1930)⁷ que la novela le “sirvió excelentemente de ejercicio oratorio y polémico” (Montseny, *La victoria* 9)⁸. Estos

Así, al tiempo de publicar *La victoria*, aparece la novela corta *Vida Nueva* en la colección La Novela Femenina (Publicaciones Mundial, 1925-1926) que acogió una heterogénea nómina de escritoras como Ángela Graupera, Carlota O’Neill, Regina Opiso, Víctor Català o Carmen de Burgos, entre otras.

⁵ Esta elección interclasista emerge como una estrategia narrativa en dos direcciones: una intratextual, que impulsa el antagonismo que vertebra las relaciones entre personajes y el desarrollo de la trama, y otra relacionada con la recepción de la obra: recordemos, pues, que *La Revista Blanca* era frecuentada tanto por la clase obrera como pequeñoburguesa (Pradas Baena 153).

⁶ Ambas lecturas han sido impugnadas por Lozano de la Pola 2006 y 2009, así como por Cruz-Cámara 2015.

⁷ Será esta la utilizada a lo largo de la investigación por ser la más completa y depurada.

⁸ La capacidad oratoria y comunicativa de Federica Montseny fue una de las características que mejor la definió tanto en su vida privada (Lozano 53) como pública. Es por ello que años más tarde la reconocerían como “la mujer que habla”, según cuenta, entre otros, en su viaje por Andalucía (1932): “Los

parlamentos forman parte en la mayoría de los casos de las escenas dialogadas, procedimiento predominante en la novela (solo los capítulos I y II son fuertemente narrativos), forma que acepta sin ambages la dinámica argumentativo-confrontativa y el carácter moralizante de la obra. El diálogo canaliza el objeto temático central de la novela: las discusiones y debates entre Clara y sus interlocutores sobre el amor libre. Será este el mecanismo a través del cual se cuestionarán los discursos hegemónicos sobre la feminidad, la masculinidad y los roles sociales de género. Esta opción estilística es la portadora de la matriz ideológica (Rodríguez) que albergan tanto los discursos hegemónicos que sostienen la estructura social de dominación masculina como las posibles alternativas para destruirlos; se trata de “un constructo ideológico que sirve a fines defensivos de la sociedad en su conjunto” (Davis 213). Su utilización remite a toda una tradición libertaria que consideraba el diálogo como opción pedagógica y divulgativa idóneas, y de la que previamente ya *La Revista Blanca* se había servido, puesto que en su primera etapa lo había frecuentado como subgénero literario. En términos de recepción, el diálogo facilita una forma de comunicación directa del mensaje y propicia una relación familiar entre el público y el texto, como indican Lucienne Domergue y Marie Laffranque:

Sans ambition transcendante, mais sans ambiguïté, le dialogue apparaît ici en qualité d'instrument et de structure propre à la communication la plus directe, non des personnes comme telle, mais d'un contenu à transmettre. Il intervient comme véhicule privilégié d'une information et d'un message. Il stimule l'attention, allège le discours, introduit comme une respiration de la pensée, favorise au besoin des approches diverses, induit entre l'écrit et le lecteur -ou l'auditeur- une espèce de familiarité: “derrière l'écriture se profile la parole non écrite” (195-196).

Frente a la descripción, típica forma explicativa de la novela burguesa tradicional, es mediante la conversación que descubrimos los arquetipos sociales⁹ (y su ideología) a que

chiquillos y las mujeres de aquellos pueblos, que me perseguían con una curiosidad terrible y que me sacaba de mis casillas, amotinándose a mi paso, me llamaban ‘La mujer que habla’, figura de feria como cualquier otra, y a González lo rebautizaron llamándole ‘El hombre que la acompaña’ (Montseny *Federica Montseny en Andalucía* 44).

⁹ El fin de *La victoria* no es mostrarnos el recorrido vital e individual de sus personajes (resolución particular incluida), como acostumbra la novela decimonónica, sino que se sirve de diferentes personajes-modelo para reflexionar sobre un problema social y fuertemente conflictivo en aquellos momentos.

responde cada personaje y que servirán para exponer el contenido reflexivo: la mujer nueva (Clara)¹⁰, la obrera de estética *garçonne* (Evora), la mujer abnegada o el ángel del hogar (la madre de Clara, Aurora, Laura...), el obrero militante (Roberto), el escritor de clase media (Fernando Oswald), el dandi decadente (Lucerna)... Esta dinámica basada en el intercambio de ideas estructurará la novela, convertirá en antagonistas a los personajes que intentan constante y recíprocamente convencerse de la veracidad de sus posiciones. Dicho antagonismo, estrategia narrativa frecuente también en el resto de sus novelas cortas¹¹, cobra en *La victoria* un peso fundamental gracias a la forma dialogada en que se manifiesta. Los personajes, lejos de alcanzar un acuerdo entre ellos, saldrán reafirmados en cada conversación. El devenir de las conversaciones evidencia la imposibilidad de un consenso sin la renuncia de la protagonista a su independencia y a sus principios. Dicha renuncia surge como prueba de que la realidad representada es la de un sistema desigual. Si la protagonista hubiera cedido ante alguna de las prerrogativas de sus antagonistas para llegar a un final menos trágico, estaríamos ante una propuesta reformista que favorecería la perpetuación del sistema de dominación masculina. Solo la reafirmación de Clara en su autoderminación como mujer puede entenderse en tanto que una alternativa revolucionaria, libre de concesiones al modelo establecido y a la vez generadora de una alternativa real a dicho sistema. Si para autores como Galdós, paradigma del escritor burgués comprometido y crítico, la literatura había funcionado como un espacio de consenso social orientado a la formación de la clase media (Fernández Cordero *Galdós*), para los y las escritoras anarquistas, la literatura es ahora un espacio donde discutir y pensar la revolución (aparte de herramienta pedagógica, divulgativa de las ideas propias, de entretenimiento alternativo al burgués, etc.). En este sentido, la imposibilidad (no exenta de tragedia, por cierto) que muestra *La victoria* abre un nuevo horizonte literario en cuanto a la forma de establecer el discurso.

¹⁰ Propongo utilizar este concepto para las mujeres obreras de ideas avanzadas siguiendo el paradigma que Alexandra Kollontai popularizó entre el obrerismo de la época en *La nueva moral y la clase obrera* (1918).

¹¹ García Guirao, en su estudio sobre las mujeres en las novelas cortas de Montseny, localiza dos estereotipos antagónicos claros que operan con frecuencia: “el del burgués (libertino, desocupado, despiadado) y el de la mujer proletaria (débil, indefensa, sana y, sobre todo, *pobre pero honrada*)”, aduciendo que de su enfrentamiento surgirán la mujer y —por extensión— el pueblo nuevos (170).

Ni ángel del hogar ni *garçonne* ni feminista. Un modelo alternativo para la obrera

A pesar de que el libro obrero se establece y circula por un espacio alternativo al de la clase media (Civantos Urrutia, *Leer en rojo* y “La enciclopedia del obrero”), la literatura anarquista se muestra en constante contacto con la realidad externa a los círculos libertarios. Así, la obra de Federica Montseny combina la influencia del publicismo anarquista contemporáneo con las tendencias culturales del momento, especialmente los modelos de feminidad por entonces en circulación (Tavera 89). Sus opiniones forman parte de esa tensión social generada por el cuestionamiento de la feminidad tradicional y de los roles de género, por la urgencia de emancipación social, económica y política.

En primer lugar, y como parte del discurso anarquista en el que se inscribe, critica y encara el tradicional ideograma del “ángel del hogar”, basado en la debilidad, la contención de las pasiones y el sacrificio, en el sometimiento de las mujeres a los deseos del varón en todos sus niveles (Cantero Rosales). Este modelo aparece representado en la novela por la madre de Clara, Aurora y, en menor medida, Laura. Sin embargo, no existe un conflicto entre ellas y la protagonista, sino al contrario, sus relaciones se basan en un riguroso respeto y cariño mutuos. La función de estos personajes en la novela es, en realidad, reforzar el carácter emancipador y el torrente energético de Clara. A través de esta contraposición, la ideología de las primeras queda anulada. Por el contrario, el señalamiento y la censura a este modelo la encontramos en los personajes masculinos, especialmente en los de Roberto Montblanch y Fernando Oswald. El texto les hace responsables directa e indirectamente de perpetuar el imaginario de la mujer abnegada, denuncia recurrente por parte de las anarquistas y que encontramos con asiduidad en *La Revista Blanca*¹².

El anarquismo fue la única ideología obrera que se interrogó por la emancipación de las mujeres, pero, como denuncian las compañeras anarquistas, solo en la teoría, ya que en la praxis continuaron perpetuando los modelos tradicionales. Los obreros anarquistas tampoco habían sido capaces de distanciarse de la burguesía en este aspecto:

En el caso de España el discurso de la domesticidad y de la separación de las esferas no puede atribuirse de forma exclusiva al pensamiento burgués. Pese a la realidad

¹² Véanse, por ejemplo, “Hablemos de la mujer”, de Soledad Gustavo (Teresa Mañé), madre de Federica Montseny (8), o “De actualidad”, de la maestra racionalista Antonia Maymón (33).

generalizada del trabajo remunerado de las mujeres y de su aportación económica decisiva a la economía familiar, de forma paradójica, cabe destacar que el obrerismo español suscribía estas pautas de género en la definición de la mujer como esposa, madre y ama de casa y el hogar como exclusivo ámbito laboral femenino (Nash, “El mundo de las trabajadoras” 57).

Como se demuestra en la novela a través de Roberto Montblanch —“el mejor orador obrero y un buen defensor de las ideas nuevas. Muy activo militante, joven y simpático, con una voz magnífica y un talento cultivado y amplio” (Montseny, *La victoria* 26)— y su concepción tradicional de la mujer, estos identificaban sin inconvenientes la opresión de clase en sus patronos, pero no en sí mismos con respecto a sus compañeras; se evidenciaban como oprimidos en el ámbito público y opresores en el privado (Nash, *Mujer y movimiento obrero* 40). Cuando Clara y Roberto conversan sobre las posibilidades de consolidar su relación, este reniega porque para él Clara tendría que ser

más dulce, menos abstraída por los conceptos ideológicos y más llena de palabras de amor. Ser más piadosa consigo misma y admitir el apoyo y la fortaleza de un hombre junto a su debilidad. [...] más débil, más mujer que no es. Tendría que aceptar y necesitar ese apoyo que no admite... (Montseny, *La victoria* 73).

Es decir, debería asumir el imaginario patriarcal que caracteriza a las mujeres como sexo débil, situadas jerárquicamente por debajo de los varones. Además, defiende la pertenencia, la exclusividad y la casa como espacio propio para ellas:

Un hombre, cualquier hombre, por emancipado que esté, querrá una mujer para él solo, una mujer suya, devota de su hogar y de su amor; no una mujer que comparta ese hogar y ese amor con tareas tan útiles y nobilísimas como las primeras, pero que la imposibilitan para cumplir sus otros deberes, y más aún, que exponen al ridículo, por la vida independiente que necesitan, al hombre que se case o una con ella... (74).

Como es de sobra conocido, las mujeres llevaban reaccionando frente al ideograma del “ángel del hogar” desde finales del siglo XIX. El sistema sexo-género hegemónico se había visto anegado por una nueva forma de habitar el mundo que reivindicaba la vida pública para ellas y desplazaba el matrimonio y la maternidad del centro de sus vidas. Las mujeres luchaban por su libertad individual y su emancipación

económica y social, negando la tutorización y la pertenencia al sexo opuesto. Había surgido, entonces, una conciencia de la opresión y de la subalternidad que había generado un amplio abanico de opciones y probabilidades para subvertirlo. Es en este contexto que aparece el popular modelo de la *garçonne*, en pleno auge hacia 1925. Procedente de las clases burguesa y media, vinculado a la sociedad de consumo, suponía una apuesta por la “desfeminización” (Expósito García 166) del estereotipo femenino tradicional, diluía las fronteras que establecía el binarismo de género convirtiendo las categorías masculino y femenino en líquidas, y respondía a patrones estéticos y prácticas morales concretos que desafiaban el orden sexo-genérico imperante:

Eran mujeres que acortaban cabellos y faldas, prescindían de corsés y refajos, hacían deporte, fumaban pitillos, inundaban los modernos dancings, defendían la libertad sexual, la contracepción y un concepto de amor-amistad que daría pie al ‘matrimonio a prueba’, tan temido como vilipendiado por la sociedad burguesa (Ramos 33).

La *garçonne* se constituyó como uno de los iconos culturales más relevantes del momento llegando a ser el modelo por antonomasia de mujer independiente y emancipada. Su ocupación del espacio simbólico se materializó con su presencia en todos los ámbitos culturales (cine, arte, publicidad, prensa) incluida la literatura. En este sentido, destaca la novela de título homónimo escrita por el francés Victor Margueritte en 1922, que cosechó un remarcable éxito generando acaloradas polémicas sobre todo en Francia, donde fue publicada (Sohn 1972). Monique Lerbier, la protagonista de la novela, se consolidará como representante de este modelo de mujer. A través de ella, Margueritte cuestionará los códigos sociales y morales en torno al matrimonio vigentes en el ámbito burgués de la Francia del momento.

La garçonne se convirtió en un fenómeno literario a nivel internacional y pronto llegó a España. Federica Montseny conoció la novela y se vio interpelada por su propuesta. La relación entre ella y *La victoria* es innegable tanto por sus menciones directas (Montseny, *La victoria* 6) como por el conflicto de género que abordan: el tema de la libertad sexual y de las posibilidades de independencia y emancipación de las mujeres, a partir de dos protagonistas de fuerza arrolladora.

La victoria discute la propuesta sobre el concepto de mujer emancipada y las formas que adopta el amor libre en la novela de Margueritte a través de Clara y, en menor medida, de Evora. Tanto la protagonista de *La garçonne* como la de nuestra novela responden al prototipo de mujer cultivada,

independiente, autosuficiente y conscientemente dueña de sí misma. Así lo demuestran afirmaciones como “Je n’appartiens qu’à moi” (Margueritte 158) por parte de Monique Lerbier o “Mi vida me pertenece a mí; soy yo quien ha de disponer de sí misma, quien ha de vivir en sí misma” (Montseny, *La victoria* 7) en el caso de Clara.

Aunque ambas emprenden una búsqueda reflexiva y experiencial orientada a la emancipación total, se desenvuelven en universos opuestos y sus aspiraciones responden a una ética distinta. Monique Lerbier orienta su independencia a emanciparse del universo moralmente corrupto de la alta burguesía parisina y amplía su círculo relacional especialmente en el ámbito sexo-afectivo. Clara, por su parte, es una profesora de clase media que, sin embargo, desarrolla toda su acción en el mundo proletario. El ámbito obrero le permite a Clara poner en práctica su ética militante y comprometida socialmente, aspecto del cual carece por completo *La garçonne* de Margueritte. Monique Lerbier, como corresponde a la estructura de la novela burguesa tradicional, se presenta como un personaje individual al que acompañamos en su recorrido circular y catárquico¹³. Sus avatares demuestran las diferentes formas de habitar o sobrevivir en el mundo burgués del París de la época rompiendo los límites impuestos a las mujeres por su condición de género. Es decir, no cuenta con un impulso colectivo ni social; se trata simplemente de un planteamiento individual. En Clara, por el contrario, existe una conciencia colectiva, una necesidad de lucha por una sociedad más justa, igualitaria y comunitaria, que traspasa los límites de la individualidad y del personaje para ser proyectado en el cuerpo social. Su propuesta se asienta en lo que denomina mujer “para sí y sobre sí”, que hará tándem social con su homónimo masculino, el hombre “para y sobre sí” y “no para y sobre los demás” (Montseny, *La victoria* 35). Clara no busca una forma de sobrevivir o integrarse de manera innovadora en la realidad establecida, sino cómo construir una nueva en la que la libertad de elección excluye cualquier relación de dominación. Y ello implica enfrentar toda idea en esa dirección tanto si procede del modelo tradicional del “ángel del hogar” como de la propuesta integradora burguesa de la *garçonne*, en cuya masculinización y pérdida de feminidad las anarquistas veían un gesto contraproducente, desmovilizador y erróneo en términos emancipatorios. En este sentido, la lucha por la igualdad para las anarquistas debía incluir la autodeterminación total y la defensa de su individualidad como mujeres:

¹³ Sigue la clásica estructura compuesta de una introducción a una situación particular (la vida social prematrimonial de Monique Lerbier), en la que se genera el conflicto (la infidelidad del novio), a la que le sigue el desarrollo de la acción (tiempo de construcción de la *garçonne*) para finalizar con una solución al conflicto (aparición del amor sano y vuelta al matrimonio).

Emanciparse, según las anarquistas, quiere decir caminar solas sin la ayuda o dirección del hombre. No quiere decir parecerse a él, vistiéndose como él, o cortándose el pelo y tampoco soñar con los privilegios o los poderes de los hombres en contra de los que tanto han combatido (Caiazzo 84).

“Masculinizarse no es ni puede ser elevarse, libertarse ni dignificarse” (Montseny, “La mujer nueva” 25), afirmará posteriormente Montseny, pues con este modelo, la mujer

se emancipa esclavizándose; adquiere personalidad y la pierde; deja de ser mujer débil y sujeta al hombre y se sitúa en un plano social más bajo. En vez de afirmarse en su sexo, ennoblecerlo y dignificarlo, reniega de él y se acoge, sin mirar la estética ni las leyes naturales, bajo las costumbres y los errores del otro sexo (25).

Por tanto, y señalando directamente a la novela de Margueritte,

La mujer del mañana no será una Mónica Lhorbier [sic] ni la Môme Moineau proclamada prototipo de la mujer moderna. La mujer del porvenir no será ni una machona, ni una niña pera. La mujer del porvenir no será un entecillo andrógino, con la cabeza ayuna de ideas y de pelo, el cabello aplastado sobre las sienes a fuerza de cosmético, smoking impecable, cigarrillo en boca y bastoncillo en ristre (25).

El arquetipo de la *garçonne* era para las anarquistas una forma efímera, superficial y frívola de enfrentar el problema. Frente a esta *La victoria* apuesta por un nuevo modelo de mujer caracterizado por la capacidad femenina de reflexión y razonamiento, el de la “mujer que piensa”. En la novela se resta valor a la ruptura desde lo estético que identificaban con la *garçonne*, para reivindicar la inteligencia, la curiosidad, la capacidad de aprendizaje, es decir, hacer del intelecto una de las características de la feminidad por antonomasia. Ello será entendido socialmente como un rasgo de masculinidad al que va acompañado la ausencia de sentimientos. Pero nada más lejos. Tal y como nos demuestra la narración, Clara siente y sufre en alto grado precisamente por su capacidad para percibir, interiorizar, analizar y observarse a sí misma en cada una de las situaciones que se presentan en la novela. Clara profundiza en el conocimiento sobre el afecto, de modo que se convierte en una estrategia de resistencia ante la dominación masculina. La protagonista se esfuerza por comprender sus emociones en cada momento y así se lo hace saber a sus interlocutores, lo que

deviene en un grave conflicto social, ya que será considerada poco o no mujer, excesivamente inteligente (Roberto), insensible (Lucerna) e incluso enferma (Oswald). Clara se presenta como la realización de un tipo de mujer polifacética ininteligible para el modelo hegemónico de masculinidad.

El autoconocimiento y la autorreflexión que hace reafirmarse una y otra vez a la protagonista en sus propias ideas funciona como una herramienta revolucionaria: frente al modelo del ángel del hogar, supeditada al deseo del varón, o la mujer que, una vez liberada de ese corsé, acaba en la misma acumulación de cuerpos característica de la masculinidad dominante, el modelo de la mujer que piensa resiste a la dominación masculina en un constante ejercicio de reflexión emocional. Ello le dota de un profundo conocimiento de su persona, primer paso para unas relaciones sociales más respetuosas e igualitarias. Este modelo, no obstante, se encuentra en permanente tensión con el modelo hegemónico, como bien se percibe en las tirantes (e incluso violentas, a veces) conversaciones entre Clara y sus interlocutores, que la obligan a defender su pensamiento de manera constante. No obstante, ella no se apartará de sus deseos y necesidades en ningún momento de la novela, pero, aunque se mantendrá firme en todas sus decisiones, mostrará también un alto grado de contradicción.

Aunque hoy día nos resulte imposible no realizar una lectura feminista de *La victoria*, lo cierto es que la autora nunca se identificó con esta forma de entender y habitar la realidad. Más bien al contrario. Montseny pertenece a ese anarquismo que veía en el feminismo un movimiento identitario burgués reformista, ajeno a la verdadera emancipación femenina. En primer lugar, porque para ella la lucha por la soberanía de las mujeres era parte de la lucha por la emancipación de la humanidad y no podía llevarse a cabo sino junto a los hombres, como nos explica Clara en la propia novela: “Precisamente combato por mezquino y pobre en idealidad al feminismo. Yo quiero una vida más elevada para todos. Yo quiero la reintegración del hombre y de la mujer en la libertad y en la Naturaleza” (Montseny, *La victoria* 126). Una vez más, Montseny señala a los varones como parte del problema y los conmina a asumir su responsabilidad social en términos de género. El antifeminismo anarquista era una tendencia habitual en la época (Nash, *Mujer y movimiento obrero* 29) puesto que la lucha de las mujeres formaba parte de una alternativa global anticapitalista y de clase orientada a la emancipación de la humanidad en términos integrales:

El problema feminista no existe, la dignificación de la mujer sí, en la transformación social está comprendida la reivindicación de los dos seres, que complementándose

mutuamente, ocuparán cada uno el lugar que les corresponde; la dignificación de la mujer, dentro de esta sociedad, está en su educación y en sus aptitudes para la lucha económica; lo demás es gastar el tiempo y ladrar a la luna (Maymón 33).

“Gastar tiempo y ladrar a la luna”, como dice la maestra racionalista Antonia Maymón, es lo que le parecían al anarquismo las demandas políticas feministas centradas en el sufragio, entendidas como pugnas insuficientes y superficiales que en el fondo no resolvían el problema de la emancipación:

Las feministas se entretienen en frivolidades sin atreverse a atacar el fondo. Con seguridad que no sienten la necesidad de hacerlo, pues idealmente la mujer feminista, deja mucho que desear. Aceptan el voto y ya está dicho todo. Aspiran a poder legislar cuando deberían ayudar a derribar todas las legislaciones por absurdas y por representar ellas el mayor obstáculo para la libertad (Gustavo, “Inmoralidad de las leyes...” 240).

Por estas razones, “En *LA VICTORIA* no se plantea lo que podríamos llamar simple problema de feminismo, esto es, de mujer que defiende, sus derechos ante la mentalidad y la moral estrechas de hoy” (Montseny, *La victoria* 7), sino que se reflexiona sobre la desigualdad de género, centrándose en las causas que la producen, señalando, con Emma Goldman, el fuero interno de las mujeres como primer lugar de emancipación:

El derecho al voto o la igualdad de los derechos civiles pueden ser conquistas valiosas, pero la verdadera emancipación no empieza en los parlamentos ni en las urnas. Empieza en el alma de la mujer. La historia nos cuenta que las clases oprimidas conquistaron su verdadera libertad arrancándosela a sus amos con la lucha. Es necesario que la mujer aprenda esa enseñanza y que comprenda que la libertad podrá llegar hasta donde llegue su fuerza por conquistarla (192-193).

Porque no será una reforma institucional lo que haga avanzar hacia la emancipación de las mujeres sino la fuerza individual proyectada hacia lo colectivo. El anarquismo no se plantea cómo participar en la institución sino cómo deshacerse de ella, puesto que la concibe como un espacio que responde a las necesidades e ideología de las clases burguesa y media. En nuestra novela, no aparece tan siquiera el matrimonio, la máxima institución reguladora del amor y la familia nuclear hegemónica. Y es que los y las anarquistas, como explica Mary Nash,

rechazan la institución familiar porque se fundamenta en los principios burgueses de perpetuación de la propiedad y del

capital. [...] La familia constituiría entonces una de las bases del régimen capitalista y, por lo tanto, atacar la institución familiar burguesa significaría a la vez un ataque al principio de la transmisión de la propiedad privada y por consiguiente a una de las raíces más importantes de la formación de la burguesía y de su reproducción como clase (*Mujer y movimiento obrero* 37-38).

La victoria, acorde con el pensamiento anarquista canónico, obvia la crítica al matrimonio e indaga directamente en otros modelos de familia basados en nuevas formas de amar libremente. Para ello, se centra en el estudio de las limitaciones y problemas que supone no solo teorizarlos sino también llevarlos a la práctica.

El amor libre frente al matrimonio convencional

El amor libre establece una nueva moral alternativa al matrimonio y con la que responder al control de la Iglesia. En contra de la propiedad, de la exclusividad y de cualquier tipo de regulación contractual, se opone a la forma amorosa burguesa que genera ideales falsos y expectativas inalcanzables¹⁴. Su desarrollo se encuentra muy vinculado con la cuestión sexual, en boga por entonces, con las teorías neomalthusianas y el discurso “eugenista preventivo”, que indagaban en formas posibles de reproducción responsable y en la educación sexual como pilares para el progreso humano en tanto que especie (Diez 247). Estos aspectos y su defensa de la autodeterminación de los cuerpos los conectaba directamente con la lucha de la emancipación de las mujeres. Aunque los planteamientos fueron heterogéneos desde el siglo XIX, en los años 20 el debate se centró en algunas propuestas radicales como la teoría de la camaradería del individualista francés Émile Armand o el pluralismo amoroso. Armand atacaba la monogamia del modelo tradicional burgués promulgando las relaciones sexuales comunitarias entre personas afines, libres de pertenencias y compromisos, guiadas únicamente por el deseo individual. Más allá aún se situaba el pluralismo amoroso con su defensa de las relaciones totalmente libres sin necesidad de vínculo afectivo ni límite cuantitativo (Diez 259-260). Ambas propuestas encuentran una oposición radical en el pensamiento de Federica Montseny, como queda

¹⁴ En *La victoria*, tanto Clara como Roberto Montblanch se enfrentan al amor de una forma materialmente humana, con miedo y muchas dudas, mostrando una relación afectiva más cercana a la realidad y opuesta al imaginario sin conflictos propio del ideal burgués.

reflejado en *La victoria* y los artículos posteriores que publicó en su defensa¹⁵.

En nuestra novela lo hace de manera implícita a través de las ideas defendidas por Clara y de forma explícita mediante el personaje de Evora, única mujer con la que la protagonista mantiene una confrontación tensa (capítulo XVI). Sin entrar en demasiado detalle, Montseny nos la presenta como una mujer “popular en el Ateneo por su desparpajo, los trajes extraños que vestía y su vida un poco ambigua” (Montseny, *La victoria* 164). Esa vida “un poco ambigua” la sitúa en el ámbito de lo superficial no solo en cuanto a su apariencia sino también en lo referente al amor libre. Evora representa a un prototipo de mujer “obrero a lo *garçonne*”, al que Montseny calificará posteriormente como “un tipo genuino de enferma. [...] Es una enferma incurable de libidinosis, es una histérica obsesionada por el deseo sexual. La insaciabilidad amorosa no significa ‘potencia de amor’, sino anormalidad” (Montseny, “Intermedio polémico” 81). Para la autora ácrata, el sexo ausente de afectos y sentimientos no puede ser considerado amor libre, ya que se basa en un intercambio frívolo, vacío y tendente al consumo deshumanizado de los cuerpos. La “anormalidad” de Evora la acerca a la camaradería amorosa de Émile Armand que, como afirmará en otra ocasión, “en nada se diferencia de la prostitución” (Montseny, “La mujer, problema del hombre, II” 527). Para ella “no hay abominación superior a la camaradería amorosa, no hay retroceso ni peor solución al problema del amor que ese ‘todas para todos, todos para todas’” (Montseny, “Intermedio polémico” 81). Lo entiende como un contrato mercantil, un “servicio puramente material” de satisfacción corporal ajeno al amor.

Montseny no concibe el amor sin componente afectivo, lo que sitúa al sentimiento paradójicamente en una dimensión ideal y lo eleva a lo sublime por ser uno de los pilares del progreso humano y la perpetuación de la especie en un sentido biológico. Según su pensamiento, el primer paso para practicar un verdadero amor libre consiste en alcanzar la plena libertad personal, apoderándose de la propia vida para atender a nuestras emociones y deseos. Las mujeres específicamente —y así lo propone la novela— deben luchar por la autosuficiencia y mostrarse fuertes en todos los sentidos, como Clara, para no doblegarse ni someterse ante el mandato social de género que,

¹⁵ Me refiero a la polémica con Émile Armand y Jorge R. Forteza en *La Revista Blanca*, números 99 (1 jul. 1927), 101 (1 ag. 1927) y 105 (1 oct. 1927). Aquella sería la segunda vez que la autora se viera obligada a salir en defensa de las ideas expuestas en su novela: dos años antes, poco después de su publicación, ya había surgido un tenso debate entre lectores y lectoras de *La Revista Blanca* y al que la propia Montseny había contribuido con su conocida tríada «En defensa de Clara» (1 abr., 1 y 15 may. 1925). Véase Espigado Tocino para un comentario extenso sobre ambas discusiones.

como ya vimos, de manera tradicional las entiende como inferiores incluso en los ambientes en los que no se presupone¹⁶.

La victoria va a profundizar en estos postulados sobre el deseo y la autodeterminación femenina, y mediante la praxis amorosa desvelará la estructura de dominio patriarcal sostenida ideológicamente en la concepción burguesa (ideal) del amor. La defensa por parte de Clara de su independencia integral intentará ser minada por sus interlocutores masculinos. Estos se esforzarán por llevarla en sus conversaciones hacia una concepción ideal que entiende el amor como el remedio mágico a todas las desigualdades. La relación con Fernando Oswald se configura como el espacio en que más explícitamente se registra el conflicto. Donde él nos presenta una fórmula todopoderosa que al realizarse “borrará todas las diferencias” y conseguirá que se perdonen todos sus defectos con un poco de sacrificio mutuo (Montseny, *La victoria* 208), ella nos demuestra que mantener el amor en la abstracción del ideal sin atender a las condiciones sociales de los géneros solo preservará el desigual orden vigente. Porque ese sacrificio mutuo es, en realidad, mucho mayor para ellas que para ellos, ya que estas se verán obligadas a realizar un número mayor de concesiones. La idea de amor libre que proyecta Clara censura cualquier tipo de sacrificio y de renuncia a la propia identidad, reivindica una igualdad plena en cuanto a deseo, afecto y cuidados entre ambas partes:

yo concibo el amor de tal manera, con tanta grandeza y libertad, como concibo la vida. Amor sin libertad no es amor, y vida sin libertad no es vida. Yo te doy a ti toda la libertad, toda, ¿oyes?, que puedas desear. Te doy tanta, que si mañana dejases de amarme y no volvieras a acercarte a mí, consideraría tu acto que hubiera podido considerarse indigno de un hombre de honor, como un justo uso de tu libertad de amar. A mi lado, libre serías de hacer cuanto tu voluntad deseara; de tal modo estarías desligado de todo pacto y compromiso. Mas, eso sí, reclamo para mí igual, libertad, igual despreocupación e idéntica norma de conducta (211-212).

Porque únicamente de esta forma se conseguirán relaciones verdaderamente humanas, emancipadas e igualitarias:

Sólo cuando todos los seres precisen y afirmen la única propiedad y la única autoridad que les es dable y necesario ejercer la propiedad de sí mismos y la autoridad sobre sí,

¹⁶ El centrar la reflexión en el papel que desempeña de la mujer en la propuesta del amor libre dota a la novela de una complejidad mayor de “la mera elección libre de pareja” a la que, según García Guirao (170), se reduce el tema en sus novelas cortas.

vislumbrárase una solución del problema del amor. Sólo cuando nos convenzamos de que nadie pertenece más que a sí mismo y de que a nadie más que a nosotros debemos pertenecer, el amor se individualizará y conseguirá hallar en sí propio su ideal, su plenitud y su finalidad (Montseny, “La mujer, problema del hombre, VI” 368).

Conclusiones

La victoria, como afirma su autora en el prólogo a la segunda edición de 1930, se centra en el triunfo de la mujer nueva “sobre cuanto puede entregarla al dominio del hombre” (Montseny, *La victoria* 8). Para ello el texto establece un diálogo multidireccional e interseccional que confronta tanto los discursos alternativos generados en las clases medias en torno a los modelos femeninos como los debates internos del anarquismo con respecto al amor libre y a la dominación masculina. Se experimenta, entonces, con otras formas de creación literaria ajenas a las del realismo crítico decimonónico. Por un lado, la construcción de personajes como arquetipos sociales contradictorios, determinados por su situación de clase y género, que muestran relaciones imposibles entre ellos; por otro, el uso de la conversación y el diálogo como opción comunicativa directa (libre de digresiones) que admite la reflexión profunda y su intercambio. A partir de estas estrategias narrativas formales, la novela muestra el proceso de construcción de una nueva feminidad definida por una alta capacidad de pensar y sentir como pilares de una futura emancipación social humana así como la búsqueda de otras formas de amar basadas en el respeto a la libertad individual de cada persona. El conjunto narrativo que forman entre ambos planos plantea una propuesta ética y estética revolucionaria orientada a la destrucción de los moldes sociales hegemónicos vigentes y a la construcción de una nueva sociedad más respetuosa, justa y libre.

Bibliografía

Armand, Émile y Federica Montseny. “Alrededor de ‘La victoria’”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 101, 1 ag. 1927, pp. 143-148.

Bussy-Genevois, Daniele. “La novela rosa revolucionaria: Federica Montseny y Alejandra Kolontai (1926-1928)”. *Escritura y revolución en España y América Latina en el s. XX*, Madrid, Fundamentos, 1994, pp. 25-45.

Civantos Urrutia, Alejandro. “La enciclopedia del obrero: la revolución editorial anarquista (1881-1923)”. *Kamchatka. Revista de Análisis Cultural*, n.º 14, 2019, pp. 111-135. DOI: <https://doi.org/10.7203/KAM.14.13223>.

Civantos Urrutia, Alejandro. *Leer en rojo: auge y caída del libro obrero (1917-1931)*. Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo, 2017.

Caiazza, Michela. *Voces libertarias*. Sevilla, ArCiBel, 2012.

Cantero Rosales, María Ángeles. “De ‘perfecta casada’ a ‘ángel del hogar’ o la construcción del arquetipo femenino en el siglo XIX”. *Tonos Digital: Revista de Estudios Filológicos*, n.º 14, 2017. <<https://www.um.es/tonosdigital/znum14/secciones/estudios-2-casada.htm>>.

Cruz-Cámara, Nuria. *La mujer moderna en los escritos de Federica Montseny*. Woodbridge, Tamesis, 2015.

Davis, Lennard J. *Resistirse a la novela, novelas para resistir: ideología y ficción*. Madrid, Debate, 2002.

De Vicente, César. “Introducción”, *La barbarie organizada. Novela del Tercio*, Fermín Galán, Doral, Stockcero, 2017, pp. IX-LXIV.

Diez, Xavier. *El anarquismo individualista en España (1923-1938)*. Barcelona, Virus, 2007.

Domergue, Lucienne y Laffranque, Marie. “Dialogue et didactique anarchiste (*Revista Blanca*, 1ère époque, (1898-1905)”. *Peuple, mouvement ouvrier, culture dans l' Espagne contemporaine: cultures populaires, cultures ouvrières en Espagne de 1840 à 1936 = Pueblo, movimiento obrero y cultura en la España contemporánea: culturas populares, culturas obreras en España entre 1840 y 1936*, Jacques Maurice, Brigitte Magnien, Danièle Bussy Genevois (eds.), Saint-Denis, Presses Universitaires de Vincennes, 1990, pp. 195-205.

Espigado Tocino, M.^a Gloria. “Amor y deseo en los medios anarquistas: *La victoria* de Federica Montseny. Escritos ‘en defensa de Clara’”. *Mujer y deseo: representaciones y prácticas de vida*, M.^a José de la Pascua, M.^a del Rosario García-Doncel y Gloria Espigado (eds.), Cádiz, Universidad de Cádiz, 2004, pp. 467-484.

Expósito García, Mercedes. *De la garçonne a la pin-up: mujeres y hombres en el siglo XX*. Madrid, Cátedra, 2016.

Fernández Cordero, Carolina. *Galdós en su siglo XX: una novela para el consenso social*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Vervuert, 2020.

Fernández Cordero, Carolina. “La voz de las obreras en la segunda etapa de *La Revista Blanca*”. *Modernas, flappers y garçonnes: representaciones de la “nueva mujer”*, Rocío González Naranjo (ed.). Madrid, Dykinson, 2022, pp. 109-123.

Forteza, Jorge R. y Federica Montseny. “Dos cartas interesantes”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 105, 1 oct. 1927, pp. 278-282.

García Guirao, Pedro. “Pobres pero honradas: lujuria burguesa y honorabilidad proletaria en las novelas breves de Federica Montseny.” *International Journal of Iberian Studies*, vol. 24, n.º 3, 2011, pp. 155-177.

Goldman, Emma. “La tragedia de la emancipación de la mujer”. *Feminismo y anarquismo*, Madrid, Enclave de Libros, [1906] 2017, pp. 179-194.

Greene, Patricia V. “Federica Montseny. Crónicas de cultura y combate”. *Eduardo Barriobero y Herrán (1895-1939): sociedad y cultura radical*, J. Bravo Vega (ed.), Logroño, Universidad de La Rioja, 2002, pp. 123-134.

Gustavo, Soledad. “Inmoralidad de las leyes escritas”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 154, 15 oct. 1929, pp. 239-240.

Gustavo, Soledad. “Hablemos de la mujer”, *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 10, 15 oct. 1923, p. 8.

Lozano, Irene. *Federica Montseny: una anarquista en el poder*. Madrid, Espasa Calpe, 2004.

Lozano de la Pola, Ana. “Federica Montseny: estrategias crítico-retóricas en el prólogo a *La Victoria* o por qué esto (también) es literatura comparada”. *Estudios de Literatura General y Comparada. Literatura y alianza de civilizaciones: XVI Simposio de la SELGYC*, Antonio Cruz y Margit Raders (coords.), Lucena, Ayuntamiento, 2009, pp. 399-410.

Lozano de la Pola, Ana. “Re-visitando a Federica Montseny: una lectura de *La victoria* y sus lecturas”. *Arbor: Ciencia*,

Pensamiento y Cultura, n.º 179, 2006, pp. 399-405.
<<https://arbor.revistas.csic.es/index.php/arbor/article/view/39/39>>.

Margueritte, Victor. *La femme en chemin: La garçonne*. Paris, Flammarion, 1922.

Maymón, Antonia. “De actualidad”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 49, 1 jun. 1925, p. 33.

Montseny, Federica. *Federica Montseny en Andalucía, verano 1932*, introducción y notas de José Luis Gutiérrez Molina. Huelva, Universidad de Huelva, 2000.

Montseny, Federica. *Mis primeros cuarenta años*. Barcelona, Plaza y Janés, 1987.

Montseny, Federica. *La victoria: novela en la que se narran los problemas de orden moral que se le presentan a una mujer de ideas modernas*, Barcelona, Impr. Costa, 1930, 2ª ed.

Montseny, Federica. “La mujer, problema del hombre, VI”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 366-368, 15 nov. 1927, pp. 9-12.

Montseny, Federica. “Intermedio polémico: Armand y *La victoria*”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 99, 1 jul. 1927, pp. 79-82.

Montseny, Federica. “La mujer, problema del hombre, II”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 89, 1 feb. 1927, pp. 527-530.

Montseny, Federica. “La mujer nueva”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 72, 15 may. 1926, pp. 25-26.

Montseny, Federica. “La tragedia de la emancipación femenina”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 38, 15 dic. 1924, pp. 18-21.

Montseny, Federica. “Feminismo y Humanismo”. *La Revista Blanca* (2ª época), n.º 33, 1 oct. 1924, pp. 12-14.

Nash, Mary. “El mundo de las trabajadoras: identidades, cultura de género y espacios de actuación”. *Cultura social y política en el mundo del trabajo*, J. Paniagua, J. A. Piqueras y V. Sanz, Valencia, Centro Francisco Tomás y Valiente UNED/Fundación Instituto Historia Social, 1999, pp. 47-68.

Nash, Mary. *Mujer y movimiento obrero en España, 1931-1939*. Barcelona, Fontamara, 1981.

Pradas Baena, Maria Amàlia. *La Revista Blanca: origen, auge i decadència d'una publicació filolbertèria barcelonina (1923-1936)*. Barcelona, Col·legi de Periodistes de Catalunya, 2011.

Ramos, María Dolores. “La construcción cultural de la feminidad en España. Desde el fin del siglo XIX a los locos y politizados años veinte y treinta”. *Feminidades y masculinidades: arquetipos y prácticas de género*, Mary Nash (ed.), Madrid, Alianza Editorial, 2014, pp. 21-46.

Scardovi, Emanuela. «Editoria militante e cultura libertaria: *La Revista Blanca*». *Spagna Contemporanea*, n.º 5, 1994, pp. 45-60.

Siguan Boehmer, Marisa. *Literatura popular libertaria. Trece años de «La Novela Ideal» (1925-1938)*. Barcelona, Península, 1981.

Sohn, Anne-Marie. “*La garçonne face à l’opinion publique: type littéraire ou type social des années 20?*”. *Le Mouvement Social*, n.º 80, 1972, pp. 3-27.

Rodríguez, Juan Carlos. *Teoría e historia de la producción literaria. Las primeras literaturas burguesas*. Madrid, Akal, 1990.

Tavera, Susanna. *Federica Montseny. La indomable*. Madrid, Temas de Hoy, 2005.